

“Entramos en territorio comanche”, advertiste. Me lo creí y salté a otro mundo. Y me veo volando en tu dos caballos o tu dián – o quizá fuera un diantre- hacia el estudio que aparecía en el filo des descampado.

Me fascinaba ese lugar solitario y frío, el olor a pintura: sin percheros ni tresillo ni lista de la compra, tan distinto de la casa de la que huía. Recuerdo que cuando llevaba tiempo sin saber de ti, llegaba hasta el estudio vacío y me colaba por la ventana. Mientras te esperaba curioseaba la habitación, los lienzos esbozados. No sé de donde sacaba papel, que podría ser algún trozo de embalaje arrugado o quizá lo buscaba entre tus cosas y entonces te escribía –o me escribía- para pasar las horas a sabiendas de que no aparecerías. Tú te sentías pintor; yo jugaba a ser escritora. Y tu espacio lo hacía mío y me inventaba una vida distinta entre esas cuatro paredes transparentes que flotaban en mi cabeza... Tu imaginación desbordaba la mía; trataba de palpar lo invisible, esas desconcertantes figuras sin rostro, su parte oculta, la espalda de la imagen evidente.

Y allí he vuelto, al invierno del 72, mientras contemplo los cuadros de esta exposición, allí he vuelto, al territorio interior, donde cada uno se busca y se cree distinto, donde una puerta te lleva hacia lo que uno quiera ser o imagina ser –y a veces consigue- a pesar del oscuro bosque de nubes con el que nos avisas que la decisión no es fácil, que atravesar el umbral siempre cuesta. Te cuesta. Y te veo en los suaves grises, entre los ocre, en ese azul tan tuyo, en el blanco rápido que tímidamente asoma o es el protagonista sin complejos, en esa búsqueda por materializar el aliento creativo que siempre te ha perseguido y preocupado.

Ahora, en tu estudio granadino, que como el de hace treinta años se sitúa en las afueras de la ciudad, noto al entrar la misma atracción de aquel otro ya desaparecido. Me da la bienvenida un cuadro que te define pintado hace pocos años y que intuyo un espacio significado. Es una pintura de sueños y palabras que brotan de una almohada azul, una almohada inocente y frágil que no encubre deseo esta vez como sucede en muchos de tus cuadros y en los que aquí presentas, donde una sensualidad poderosa atraviesa sin titubeos las barreras que le aprisionan.

Recorro el paisaje que has construido a lo largo de todos estos años y aún te reconozco: el mismo diantre semiescondido al fondo; es verdad más grande, con el que te plantas en el terreno comanche de la luna con los tuyos. En un amplio rincón, las mesas y las sillas dispuestas para la tertulia y el café y el vino. Tus recuerdos, tus amigos por todas partes, la música con la que nos recibes y escuchas cuando trabajas, los focos, la fotografía que te hiciera Laios que con tanto cariño me muestras; el precioso retrato de Lely y la siempre íntima presencia de Cyan, ¿recuerdas?. Y te pienso en este lugar donde te miras y trabajas rodeado de lo que quieres. Recorro el lugar de tus sueños, tu pintura, que es, en definitiva, tu vida.

*Pilar Pardo.  
Madrid, abril de 2003*